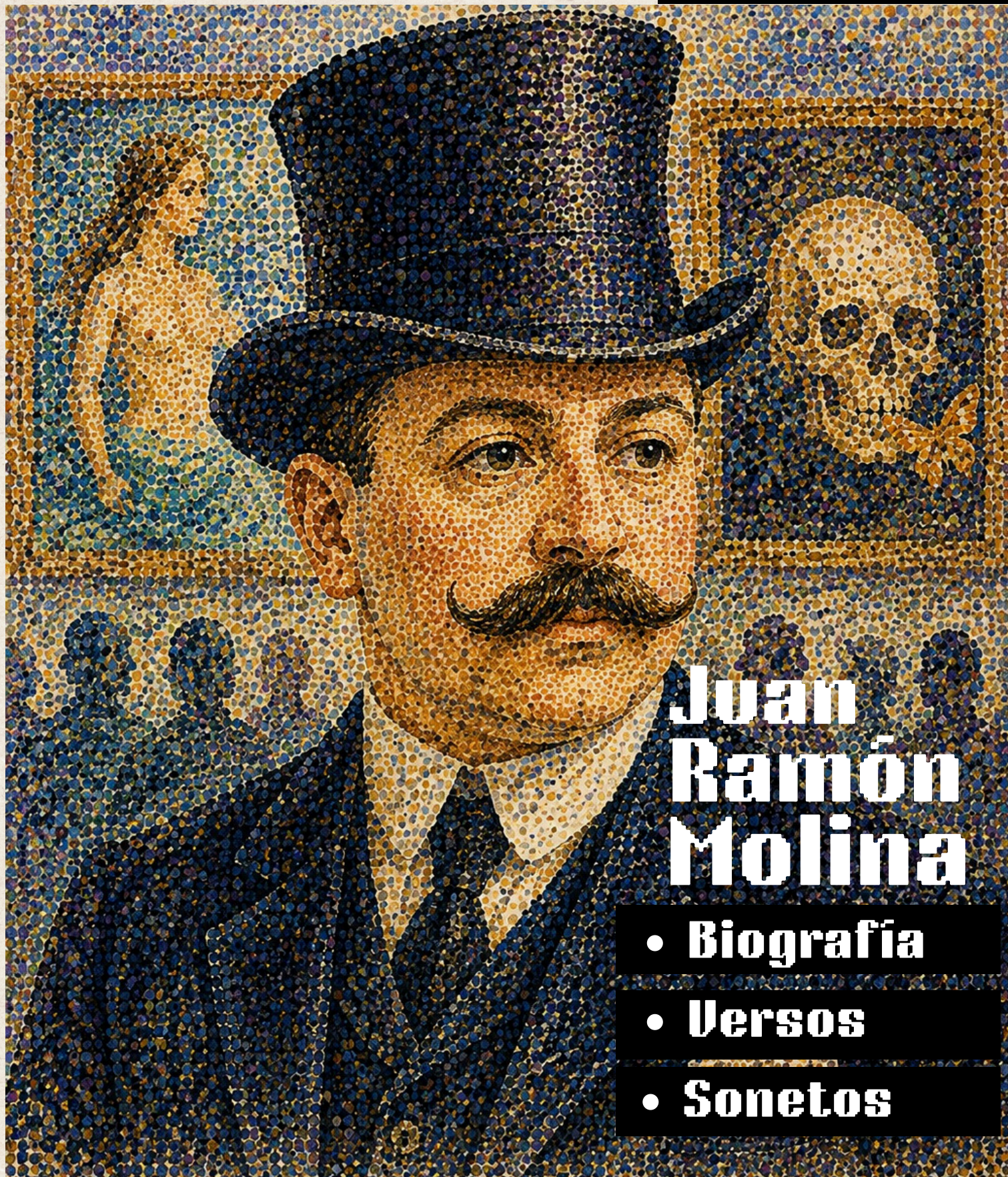


ERANDIQUE

NÚMERO 1. JULIO DE 2026

ILUSTRES



**Juan
Ramón
Molina**

- **Biografía**
- **Versos**
- **Sonetos**

EL EDITOR

ÓSCAR FLORES LÓPEZ

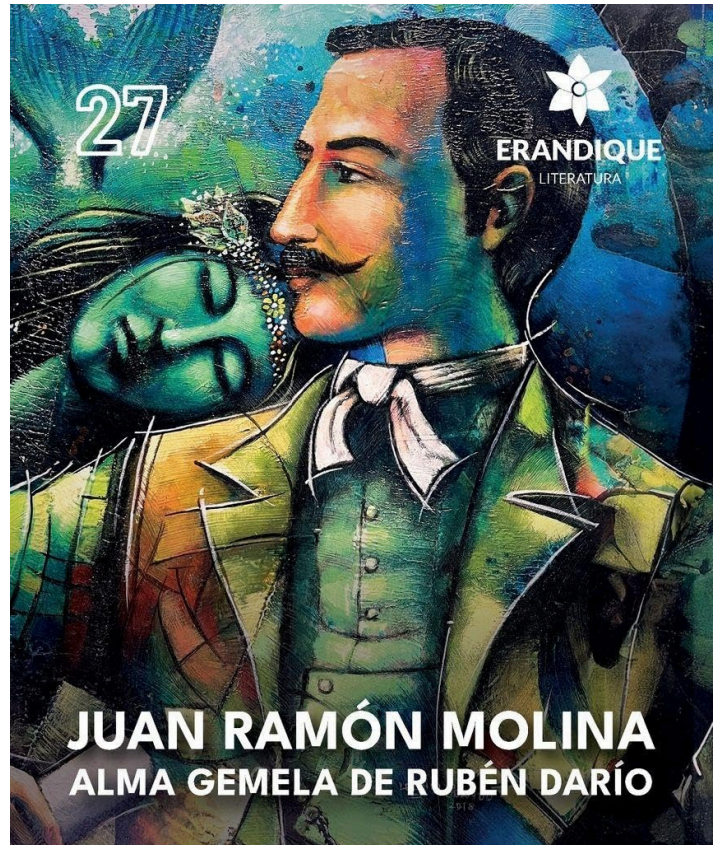
El 2 de noviembre de 1908, en un bar de San Salvador, El Salvador, fallecía, a los treinta y tres años de edad, Juan Ramón Molina, el mejor poeta hondureño de todos los tiempos.

Pobre, enfermo y en el abandono, así murió aquel hombre que enriqueció la vida de otros con sus versos hermosos.

Estuvo enterrado algún tiempo en tierras extrañas, hasta que sus restos fueron traídos finalmente al Cementerio General de Comayagua, donde reposan.

Personaje controversial, altanero y solitario, Molina fue admirado por la gente común de su época, pero no amado.

El desprecio con el que Molina trataba a todo aquel que no estuviera a su altura intelectual, de alguna manera le pasó factura.



**R.H. VALLE, FROYLÁN TURCIOS,
E. PÉREZ CADALSO Y OTROS**

Tres años más tarde, en 1911, Froylán Turcios recopiló en Tierras, Mares y Cielos, la mayor parte de la obra de su "hermano", como le llamaba, y Molina se metió en el corazón de su pueblo.

En esta edición de COLECCIÓN ERANDIQUE, en alianza con DIARIO EL HERALDO, rendimos un homenaje a Juan Ramón Molina, el poeta que pescó sirenas y habló con los locos.

TABLA DE CONTENIDOS

BIOGRAFÍA 04

CARTA DE FROYLAN TURCIOS 05

VERSOS 11

AUTOBIOGRAFÍA 14

EL ÁGUILA 18

SONETOS 34

PESCA DE SIRENAS 36

VINO TINTO 43



JUAN RAMÓN MOLINA

BIOGRAFÍA

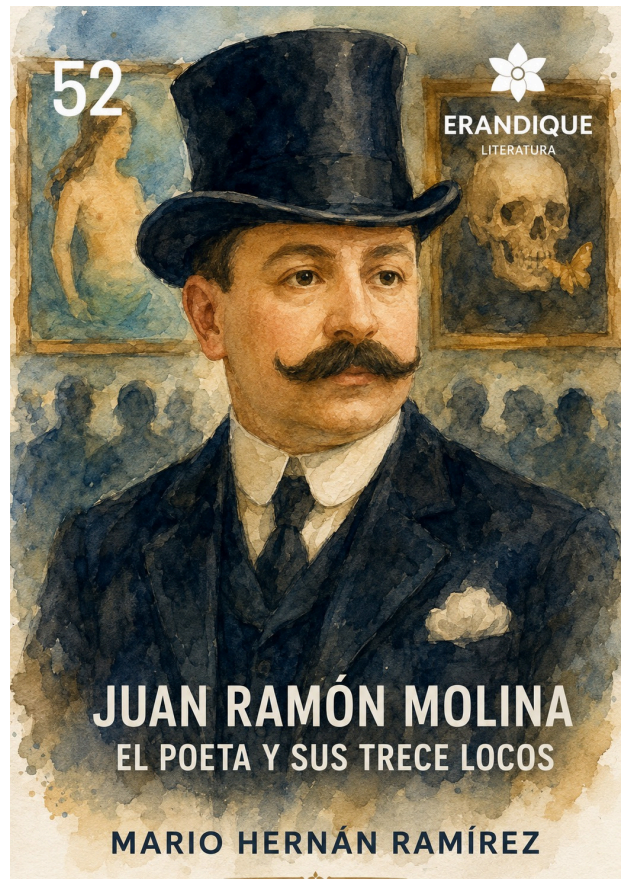
Juan Ramón Molina nació en Comayagüela el 17 de abril de 1875 y murió en San Salvador, El Salvador, el 1 de noviembre de 1908.

Sus padres fueron Federico Molina de origen español y su madre Juana Molina, de puros ancestros nativos.

En 1888, cuando tenía solo 13 años, sus padres lo enviaron a estudiar a Guatemala, que era la ciudad más culta de Centro América y en 1890 conoció al poeta nicaragüense Rubén Darío, quien tendría una influencia permanente en su persona y con quien años después dialogaría en el Brasil.

En Quetzaltenango, Molina editó un periódico llamado "El Bien Público" y en la capital guatemalteca ingresó a la Facultad de Derecho, interrumpiendo sus estudios y retornando a Honduras en 1897.

En Tegucigalpa trabajó en "El Cronista", "El Diario", "El Día", y "El Diario de Honduras" y en "San Salvador", El Salvador, en las redacciones del "El Diario" de su amigo Julián López Pineda y colaboró en el "Diario del Salvador".



El diplomático y político Fausto Dávila presidió la delegación hondureña a la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro de 1906, que integraron como Secretarios los jóvenes escritores Juan Ramón Molina y Froylán Turcios.

Aprovechando su regreso al lar nativo, Molina visitó París, Madrid, Lisboa y Nueva York.

Molina pasó obligados exilios y privaciones y la muerte lo sorprendió en una aldehuela llamada Aculhuaca, hoy Villa Delgado, en la capital cuzcatleca.

La Editorial Iberoamericana al imprimir la "Obra Completa" de Juan Ramón Molina lo hace como un reconocimiento a un ciudadano excepcional y a una de las voces más valiosas de la literatura hondureña.

CARTA DE DESPEDIDA

POR FROYLAN
TURCIOS

Acaba de penetrar en el misterio solemne de la muerte un raro espíritu que se lleva algo de mi propio ser y de mi pensamiento.

En verdad que mi afecto por este fraternal compañero era más profundo de lo que antes pensara, y que su partida hacia el país de la sombra ha impresionado hondamente mi corazón.

La palabra no puede reflejar el matiz de ciertas emociones. Los estados íntimos del alma humana no podrán grabarse en un trozo de papel. El sutil estremecimiento, la conmoción recóndita, se escapan, se esfuman al querer darles forma; y por eso hoy mi frase incolora no puede encerrar la tristeza lacerante que me domina, pensando en el gran poeta difunto.

Era un ser atormentado por las hostiles fuerzas de la vida, que nació bajo un signo funesto, para mirar las cosas grandes y resplandecientes. Su cerebración singular, que hizo de él uno de los mayores poetas de habla castellana, absorbió los tósigos de las más desconsoladoras filosofías y las heces de los más negros fastidios. Apenas si de su sonora selva de amor brotó, en alguna mañana de azur, un clavel de coral o un lirio de nieve. Las más agudas espinas se clavaron pertinazmente en sus plantas en el árido sendero, y conoció como ninguno la desolación de los hombres vencidos en la lucha diaria.

Fue en una lejana tarde, en un paseo crepuscular por la mágica bahía de Río de Janeiro, que nos juramos una noble y sincera amistad. Recuerdo que él me insinuó ese deseo de una afección fuerte y alta, tendiente a todo lo que se revistiera de poesía y de gloria.

—Seamos dos hermanos ligados por la inteligencia y por el corazón. Que sean mutuos nuestros dolores y nuestras esperanzas. Unámonos para luchar y vencer, y tendamos hacia todas las cumbres las alas unánimes. Y desde aquella hora fuimos amigos, en el sentido profundo de esta frase. Nada empañó nunca aquel afecto que el tiempo fortalecía engrandeciéndolo.

He aquí dos párrafos de una de sus últimas cartas:

“Es bueno que sepas, ahora que estás lejos, que te quiero, no como amigo, sino como hermano de veras; hermano por la lira, por el arte, por el corazón, y hasta por la miserable gloria que hemos conquistado a la par. Si alguna vez nos hemos visto mal, por esa equivocación inherente a la naturaleza humana, cuando nuestro deber era juntarnos para ser más fuertes y salir victoriosos, ya que poseemos el mismo don de dolor, idéntica visión de arte y un talento igual, aquellas pequeñeces han sido olvidadas para siempre, cediendo el lugar a un cariño que solo matará la muerte”.

“Tal vez antes no tuvimos del todo buenas relaciones, a causa de haber creído, en muy mala hora por cierto, que el uno podía estorbar al otro. Hombres formados ya, golpeados por la vida, desgraciados por diferentes motivos, aunque ambos víctimas de cierta Providencia fatal que persigue a las almas de selección, de un modo o de otro, hemos comprendido por fin que somos mitades de una sola entidad, que el uno completa al otro, que nuestros nombres vivirán unidos, y que resumimos una época literaria de nuestra patria, nada menos que los últimos cincuenta años. Recuerdo que una vez, moribundo de un negro mal, escribí una carta que nunca conociste, nombrándote testamentario de mis producciones. Esto te demostrará que siempre te he querido”.

*Tumba de Molina
Cementerio General*



Yo conocí a fondo su extraño mundo interior, y sus fuertes torres de ensueño, y las mandrágoras de su fantasía. Azúcares y sulfatos se mezclaban en los abismos de su yo; pero las dulces cosas eran tenues y se desvanecían, y quedaba siempre su alma náufraga en el amargo mar de la desilusión.

Conocí, mejor que nadie, su concepto doloroso de la vida, su inquietud y su melancolía; y así pude apreciar su tedio incurable.

Y de improviso llega a mí la noticia de su muerte, rápida como un rayo...

Nada sé aún de sus postreros momentos. Escribo estas líneas fugaces, abrumado de pena. Cumpliendo su deseo, yo haré, al regresar a Honduras, una edición acerca de su personalidad. En ella brillará, una vez más, el insólito fulgor de su cerebro y el vibrante metal de su producción. Haré conocer los cánones de su estética y su visión del arte futuro. Hoy solo repetiré que fue un prosista sobrio, elegante y vigoroso, y un poeta de primer orden, que dominó magistralmente su maravilloso instrumento. Poseyó la fuerza y la gracia. Y así voló como las águilas y cantó como los ruiseñores. En su lira vibraban el dolor y el amor, y era épica y bucólica, y sabía de los epitalamios y de los responsos. ¿Qué secreto guardó para él la musa heroica que viste armadura y casco bronceo? ¿Qué caricia le negó la musa amorosa de los ojos azules y de la risa de oro?

Él cortó las más brillantes rosas en los jardines encantados de la fantasía; e hizo versos de una música profunda y de un férreo pensamiento. Versos magníficos que honrarían a cualquier literatura y darían gloria a cualquier país. Versos de bronce y de terciopelo, que son como sutiles melodías imponderables, como largos lirios marmóreos, como luminosas cintas multicolores. Sus poemas de serena hermosura perpetuarán su memoria y los vientos del porvenir impulsarán su nombre hacia todos los horizontes.

Juan Ramón amaba las cosas trascendentales que llevan en sí un latido profundo de la humanidad. Tenía una vasta concepción de los misterios y sobrehumanas inquietudes que agitan las testas de los grandes pensadores, y le gustaba sumergir su espíritu en el insondable mar de las abstracciones y de las quimeras. Los más arduos problemas científicos le interesaban extraordinariamente. Nutría su cerebro con lecturas selectas y pensaba que la ciencia y el arte deben unirse para producir obras definitivas y perdurables. De aquí su complejo saber y la rica variedad de su léxico. Labraba su estilo como se pule un medallón heráldico, con perseverancia de orfebre, lenta, fría, parsimoniosamente, y recordaba su trabajo al de Flaubert, obcecado y pertinaz sobre las páginas inmortales. Esto en las prosas y poesías de su predilección, pues con frecuencia daba a la imprenta manuscritos que solo una vez había corregido. Así sucedió con los artículos que iban a las columnas de los diarios, a veces sin firma, triste labor anónima en la incesante persecución de la vil moneda, que todo lo bastardea y empequeñece, hasta el arte.

Su esfuerzo más personal y potente está en sus poemas, fulgurantes joyeles exornados de mágicas piedras preciosas. En ellos agotó la estupenda riqueza de su numen en increíbles labores de lapidario que persigue lo infinito en una forma de absoluta belleza. Su palpitante inspiración más bien tendía a *La noche*, de Miguel Ángel, que a las minúsculas maravillas de Cellini. Los temas de sus intensas exaltaciones cerebrales son siempre grandes y viriles, y aspiran a abarcar cosas fabulosas y magníficas; no hay un gran trozo de mar, sino todo el piélago sonoro; el deslumbramiento de una aurora boreal; el viento veloz que riza las selvas; el pesado galope de los elefantes; el rugir de los leones y de los huracanes; las voces todas del cielo y de la tierra, y los sublimes y trágicos escalofríos sobre la piel de los hombres. Aletazos de águila eran entonces sus versos, que rubricaban el espacio con ondulaciones resplandecientes.

Ansiaba conocerlo todo y compenetrarse con las eternas fuerzas ocultas que rigen la altura del alma exaltada, ansioso de recoger un átomo de lo invisible. Las miradas de sus serenos ojos verdes se anegaban en la contemplación de los azules firmamentos, interrogativos y meditabundos. Era un ser ávido de sabiduría sideral y ciencia terrena, que buscaba, en largas noches de estudio, el vasto enigma y el cáliz de una flor; y que se avenía con los secretos de las esfinges. Por eso lo interesaban primordialmente todas las formas móviles o inermes de la Naturaleza, procurando obtener de cada una de ellas un sentido simple y concreto que no estuviera reñido con la lógica de los hechos humanos.

Hace apenas dos meses paseábamos por los alrededores de San Salvador, en una tarde tórrida. Hablábamos de las cosas vistas, cambiando impresiones sobre los acontecimientos y sobre nuestro porvenir.

De pronto interrumpió el rumbo de sus alegres ideas y me habló del presentimiento de su próxima muerte. —No creas en nada —me dijo—. Mi panteísmo me llevó en una época a una región ideológica cuya memoria me hace sonreír. No hay nada. Todo es polvo. Y siento ondular sobre mi cuerpo el necróforo que me roerá en el sepulcro. ¿Recuerdas el gusano omnipotente de que habla Poe? Pues en ciertas noches su frialdad roza mi corazón... Sin embargo, si hay un más allá en donde el espíritu se magnifica en una radiante atmósfera de perfumes, cuando yo muera buscaré tu espíritu y le haré un signo de reconocimiento.

¡Duerme en paz, hermano en la quimera y en la lira! ¡Duerme lejos de tus pinares sonoros! Descansa de la carga abrumadora de la existencia, de tu amargo tedio, de tu mal mental, del dolor de vivir y de pensar, bajo tus laureles noblemente ganados, húmedos de sangre y de lágrimas...

Mi espíritu no ha recibido del tuyo el signo de ultratumba... No lo ha recibido... Ni lo recibirá jamás.

Froylán Turcios

En Guatemala, el día de difuntos de mil novecientos ocho.

Versos



*Tumba de Molina
Cementerio General*

Leonel Estrada®

A N H E L O

N O C T U R N O

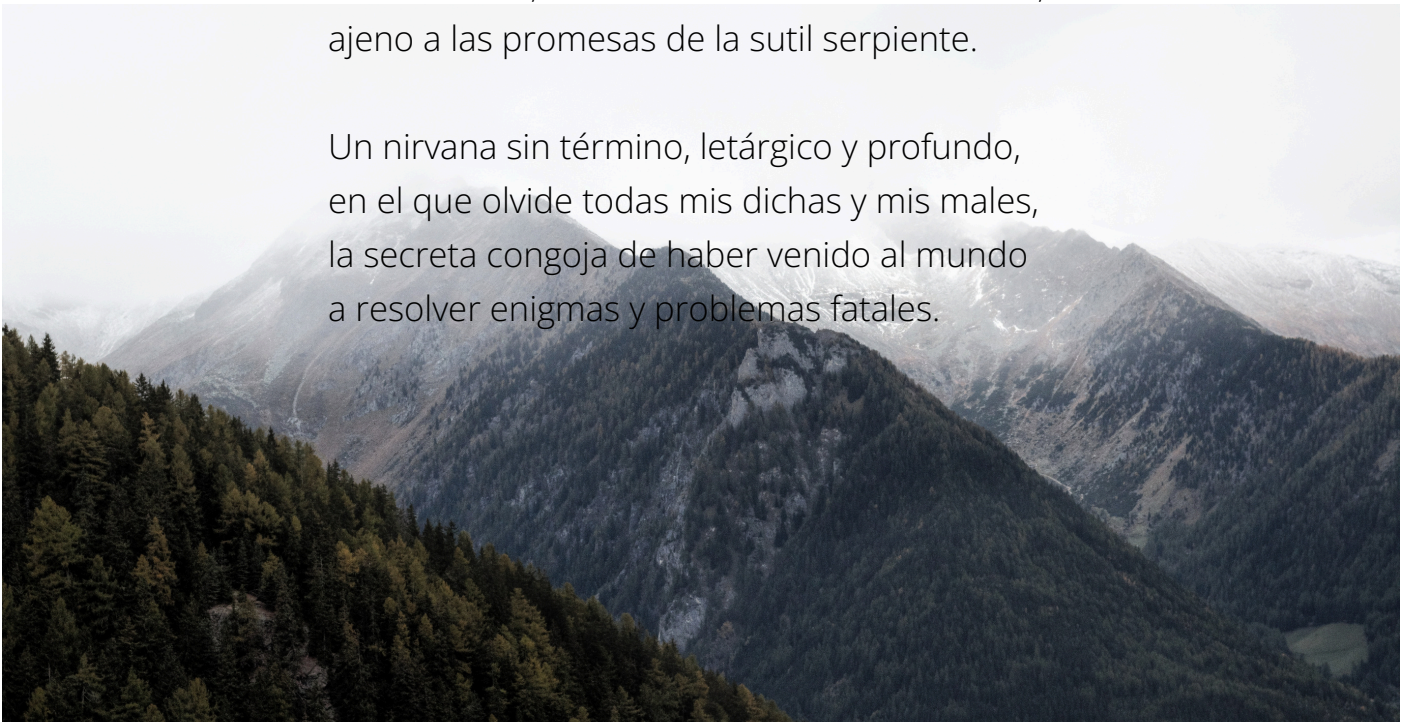
La lluvia su monótona charla dice afuera.
La puerta de mi cuarto por fin está cerrada.
Quizás en esta noche no grite mi quimera
y goce del olvido profundo de la almohada.

¡Hace ya tanto tiempo que en reposar me empeño,
como si me turbara la fiebre del delito,
que mis ojos enclavo-de los que huyera el sueño-
en la siniestra esfinge del lúgubre infinito!

Mas hoy todos los seres me han parecido buenos,
el cielo azul brindóme su calma vespertina,
y-libre de pecados y libre de venenos-
purifiqué mi cuerpo en agua cristalina.

Quiero la paz aquella de la primer mañana
cuando, en el seno de Eva, tranquilo e inocente,
Adán durmió, al arrullo de amor de la fontana,
ajeno a las promesas de la sutil serpiente.

Un nirvana sin término, letárgico y profundo,
en el que olvide todas mis dichas y mis males,
la secreta congoja de haber venido al mundo
a resolver enigmas y problemas fatales.



Ser del todo insensible como la dura piedra,
y no tallado en una doliente carne viva
de nervios y de músculos. O ser como la hiedra
que extiende sus tentáculos por manera instintiva.

No como el pobre bruto del llano y de la cumbre
sujeto a la ley ciega de inexorable sino,
que en sus miradas tiene la enorme pesadumbre
de todo aquel que encuentra muy bajo su destino.

Así gozar quisiera de imperturbable sueño
cuando la noche baja de los cielos lejanos.
Estrellas: derramadme vuestro letal beleño.
Arcángeles: mecedme con vuestras leves manos.

Para que mi mañana florezca como rosa
de mayo, exuberante de vida y de fragancia,
y la tierra contemple, jocunda y luminosa,
con los tranquilos ojos con que la vi en la infancia.



AUTOBIOGRAFÍA

Nací en el fondo azul de las montañas hondureñas. Detesto las ciudades, y más me gusta un grupo de cabañas perdido en las remotas soledades.

Soy un salvaje, huracán y silencioso a quien la urbana disciplina enerva, y vivo —como el león y como el oso prisioneros— soñando en la caverna.

Fue mi niñez como un jardín risueño, donde —a los goces de mi edad esquivo— presa ya de la fiebre del ensueño, vagué dolientemente pensativo,

sordo a la clamorosa gritería de muchos compañeros olvidados, que fue segando sin piedad la fría hoz implacable de los negros hados.

¡Todos cayeron en la fosa oscura!
Fue para ellos la vida un triste dolo, y —el corazón preñado de amargura— me vi de pronto inmensamente solo.

¿Qué se hizo aquel cuya gentil cabeza era de sol? ¿El jovencito hercúleo que burlaba en la lucha mi destreza?
¿El dulce efebo de mirar cerúleo?

¿El que bajaba el más lejano nido?
¿El más alegre y mentiroso? ¿El zafio?
¡Para los tristes escribió el olvido, en el nómade viento, un epitafio...!

¡Hada buena la muerte fue para ellos!
No conocieron el dolor. La adusta vejez no echó ceniza en sus cabellos, ni dobló su juventud robusta!

Desde mi infancia fui meditabundo, triste de muerte. La melancolía fue mi mejor querida en este mundo pequeño, y sigue siendo todavía.

Sentí en el alma un natural deseo de cantar. A la orilla del camino, hallé una lira —no cual la de Orfeo— y obedezco el mandato del destino,

tan ciegamente, que mañana —cuando, tráfuga de la vida, me deserte— quizás celebre madrigalizando mis tristes desposorios con la muerte.

No he sido un hombre bueno ni tampoco malo. Hay en mí una dualidad extraña: tengo mucho de cuerdo, algo de loco, mucho de abismo y algo de montaña.

Para unos soy monstruosamente vano;
para otros muy humilde y muy sincero:
al viejo Job le hubiera dicho: «Hermano,
dame tus llagas y tu estercolero».

Una existencia asaz contradictoria
de placer y dolor, de odio y de arrullo,
ha agitado mi ser: tal es la historia
de mi sinceridad y de mi orgullo.

Goces mortales y terribles duelos,
toda ventura y toda desventura,
exploraciones por remotos cielos,
enorme hacinamiento de lectura;

despilfarro de vida sensitiva,
abuso de nepentes; los cilicios
mentales; l'alma como carne viva;
la posesión de prematuros vicios;

las miserias del medio; ansias de gloria
que llega tarde; estar organizado
para la lucha y para la victoria,
y ser, a pesar de eso, un fracasado.

¡Todo conspira a hacer horriblemente
triste al que asciende las mentales cumbres
y a que cruce —con rostro indiferente
o huraño— entre las vanas muchedumbres!

¡Ah, mi primera juventud! ¡La cierta,
la única juventud, la que es divina!
«Lejos quedó la pobre loba, muerta»,
asesinada por mi jabalina.

Al mirarme al espejo ¡cuán cambiado
estoy! No me conozco ni yo mismo;
tengo en los ojos, de mirar cansado,
algo del miedo del que ve un abismo.

Tengo en la frente la indecible huella
de aquel que ha visto, con la fe perdida,
palidecer y declinar su estrella
en los arcanos cielos de la vida.

Tengo en los labios tímidos —en esos
labios que fueron una rosa pura—
la señal dolorosa de mil besos
dados y recibidos con locura,

en dulce cita o en innoble orgía
cuando, al empuje de ímpetus fatales,
busqué siempre la honrosa compañía
de los siete pecados capitales;

y era mi juventud, en su desgaire,
como un corcel de planta vencedora,
que se lanzaba a devorar el aire,
relinchando de júbilo a la aurora.

Tengo en todo mi ser, donde me obliga
algo a callar mi doloroso grito,
una inmensa fatiga: la fatiga
del peso abrumador del infinito.

La gran angustia, el espantoso duelo,
de haber nacido, por destino arcano,
para volar sin tregua en todo cielo
y recorrer sin rumbo todo océano.

Para sufrir el mal eternamente
del ensueño; y así, meditando,
vivir con las pupilas fijamente
clavadas en el corazón del mundo;

en el misterio del amor sublime,
en la oculta tristeza de las casas,
en todo lo que calla o lo que gime,
en los hombres, las bestias y las rosas;

y dar a los demás mi risa o llanto,
la misma sangre de mis venas, todo,
en la copa mirífica del canto,
hecha de gemas, de marfil o lodo;

y no dejar para mis labios nada;
y vivir, con el pecho dolorido,
para ver que, al final de la jornada,
mi sepultura cavará el olvido.

Hoy, que llegué a la cumbre de los años,
ante la ruta que a mis pies se extiende,
pongo los ojos, de terror, huraños;
mas exclama una voz:
«¡Sigue y asciende!»

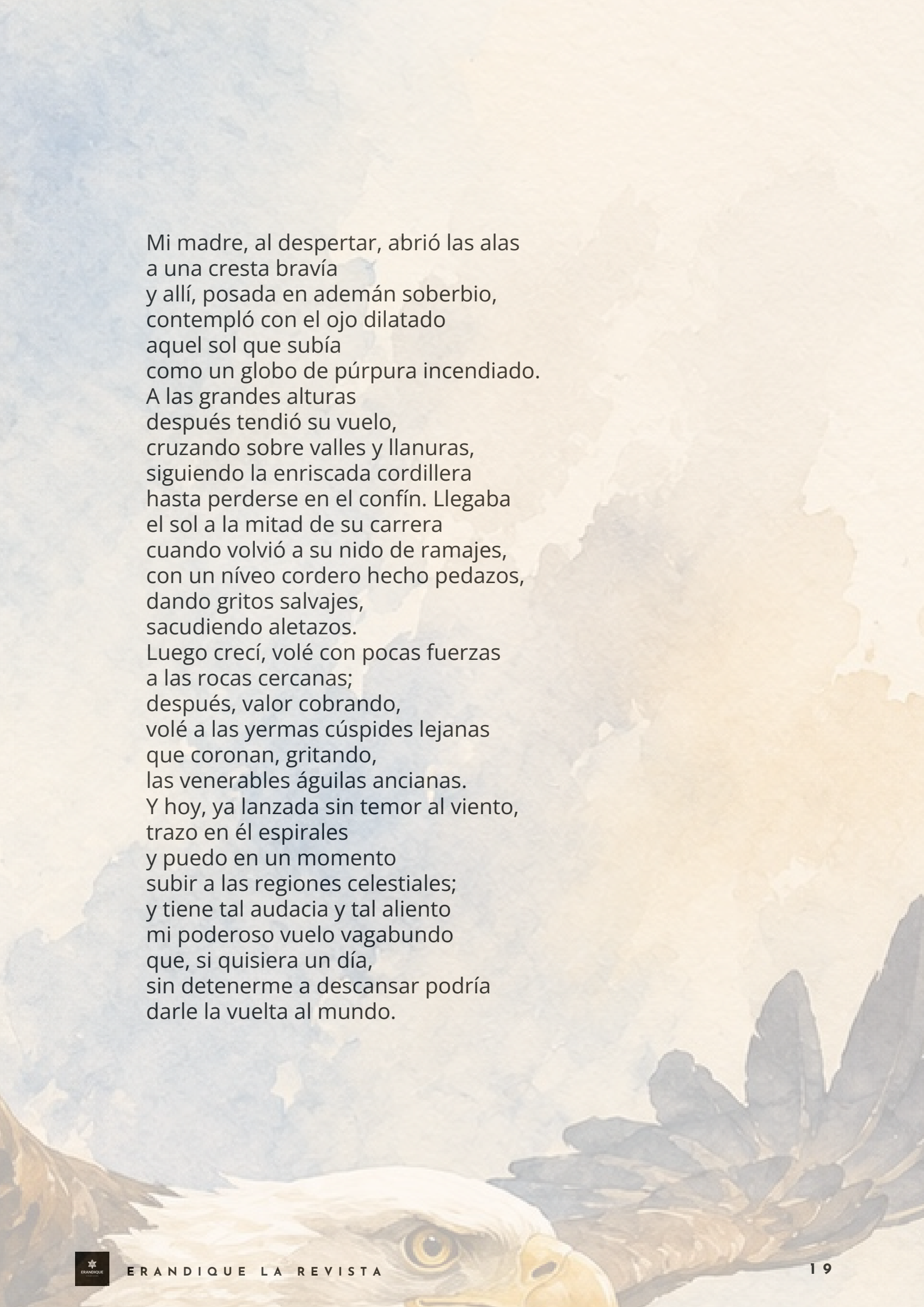
Mas ¿para qué, señor? ¡Estoy enfermo!
Me consume el demonio del hastío.
¡Toda la tierra para mí es un yermo
donde me muero de cansancio y frío!

He abrevado mis ansias de sapiencia
en toda fuente venenosa o pura,
en los amargos pozos de la ciencia
y en el raudal de la literatura.



El Águila

Y el águila exclamó con voz terrible:
—en una cuenca informe
nací, en esta montaña inaccesible,
que fue tal vez la enorme
atalaya de rocas de granito
que a una raza de cíclopes sirviera
para explorar con su pupila fiera
la vacua inmensidad de lo infinito.
Un pálido crepúsculo
—tímido heraldo del glorioso día—
envolvió suavemente la nidada
donde mi vieja madre, aletargada,
con su robusto cuerpo me cubría.
Saqué, llena de anhelos,
debajo del ala tibia y protectora
la cabeza. En los cielos,
donde quedaban de la sombra rastros,
iba apagando la rosada aurora
las temblorosas luces de los astros
con su soplo sutil. En ese instante
surgió tras la muralla de los montes
el nuevo sol, magnífico y radiante;
mientras que los corceles de la noche,
huyendo por los claros horizontes,
desbocados e inciertos,
en el profundo foso del vacío,
heridos por mil flechas inflamadas,
se desplomaron muertos.



Mi madre, al despertar, abrió las alas
a una cresta bravía
y allí, posada en ademán soberbio,
contempló con el ojo dilatado
aquel sol que subía
como un globo de púrpura incendiado.
A las grandes alturas
después tendió su vuelo,
cruzando sobre valles y llanuras,
siguiendo la enriscada cordillera
hasta perderse en el confín. Llegaba
el sol a la mitad de su carrera
cuando volvió a su nido de ramajes,
con un níveo cordero hecho pedazos,
dando gritos salvajes,
sacudiendo aletazos.
Luego crecí, volé con pocas fuerzas
a las rocas cercanas;
después, valor cobrando,
volé a las yermas cúspides lejanas
que coronan, gritando,
las venerables águilas ancianas.
Y hoy, ya lanzada sin temor al viento,
trazo en él espirales
y puedo en un momento
subir a las regiones celestiales;
y tiene tal audacia y tal aliento
mi poderoso vuelo vagabundo
que, si quisiera un día,
sin detenerme a descansar podría
darle la vuelta al mundo.

Mi aspecto es muy altivo:
el moño de mi testa se asemeja
al penacho guerrero
de un noble paladín. Un ojo vivo
y grande, bajo el arco de mi ceja,
se hunde lleno de luz. De fino acero
y con forma de gancho
es mi terrible pico,
firme y cortante, poderoso y ancho.
Mi cabeza marcial, que el aire peina,
es redonda, pequeña y bien formada;
me ciñe el cuello, cual si fuera reina,
magnífico collar. Mis alas rudas
son dos alas tremantes
de plumas puntiagudas,
compactas y brillantes,
que después de cubrir el atrevido
pecho que tengo, bajan ya más breves
a resguardar mi torso, que se ha hundido
en todas las entrañas y las nieves.
Son ásperos mis dedos. Y las uñas,
con que a la piel del que vencí me aferro,
son hechas con el hierro
de las cotas y lanzas. Es leonado
mi espléndido color, mi ademán noble,
y me palpita un corazón osado
en un cuerpo más sólido que un roble.
La mirada del lince no es más fina
que la que, amenazante,
echo sobre reptiles y cuadrúpedos
desde la cima del cenit radiante,
coronado de rayos. Si me poso
al borde de un peñón hendido a tajo,
y una invisible mano arranca al monte
una roca de cuajo
lanzándola al abismo, pongo atento
oído al rumor hondo,
y recojo el estrépito violento
que sube retumbando desde el fondo.

Después que atisbo a la confiada víctima
que en el llano o el árbol me provoca,
pliego el ala de súbito,
y más veloz que el rayo fulminante
caigo sobre ella, de la rabia loca,
hundiéndole las uñas. Aunque luce
por escaparse con esfuerzos vivos,
vencida y desmayada,
queda bajo mis dedos convulsivos
sujeta contra el suelo. La cabeza
con su garra sola
le oprimo con tesón. Abro las alas,
y, apoyada en la base de mi cola,
gozo escuchando el estertor. El ojo,
que la luz del espacio recogía,
se vuelve turbio y rojo
al bañármeme en sangre. El pico abierto,
mientras dilata la hórrida agonía,
deja salir mi lengua palpitante,
semejando una rígida tenaza
que la hoja deslumbrante
saca del fuego de la roja hornaza.

¡Nada me arredra! Si el destino adverso
me depara un encuentro peligroso
con una bestia montaraz y fiera,
me vuelvo más osada y más valiente,
hasta que me alzo victoriosa al cielo
llevándola en mis garras prisionera.
En las febriles épocas del cielo,
cuando cuida mi dulce compañera
del implume aguilucho, mi polluelo,
devasto el valle que mi vista abarca,
aterro los rebaños y pastores,
y al nido donde tengo mis amores
llevo el botín que cojo en la comarca.

Luego que en un festín de carne cruda
mi apetito he saciado,
cansada, triste y muda,
me voy a reposar sobre una roca
con el buche inclinado.
En las cálidas horas del estío,
en esas horas largas y terribles,
en que parece que los pies caminan
sobre ascuas invisibles;
en que el sol encendido
va rompiendo las aguas luminosas
de un mar hirviente de metal fundido;
en que abre sudorienta
la tierra sus mil grietas, como bocas
enormes y sedientas
de un sorbo de agua. Cuando el tigre fiero
sestea en su cubil de la espesura
sin pensar en su instinto carnicero;
y abandonando el árido paraje
el antílope busca la frescura
del umbroso follaje
desbordante de savia y de verdura;
cuando el león, acezando,
retírase a sus cóncavas cavernas
donde la prole está, y allí acaricia
de su querida las velludas piernas,
bramando de lujuria y de delicia
al contemplarla tan hermosa; entonces
voy a bañarme al anchuroso río
orlado de nenúfares y espumas,
humedeciendo en el cristal movable
mi clámide de plumas.

Y por la tarde, cuando el sol expira
tras su carrera vasta
en su lecho de nubes y arreboles,
vuelvo al hogar, donde me aguarda siempre
mi compañera casta,
aquella que me quiere hace cien soles
con fiel cariño y con amor constante,
desde que pudo verme cierto día
vagando sobre cúspides, errante.
En un pequeño quicio
junto a mi hogar, colgado
en las fauces de un hondo precipicio,
las alondras y oscuras golondrinas
sus nidos han formado
con las yerbas más suaves y más finas,
como buscando protección. Alegres
me siguen, si de pronto
en las mañanas tibias
al éter me remonto,
puro y azul, y mi regreso espían
cuando al fulgor postrero
del crepúsculo vuelvo a la montaña,
asomando las tiernas cabecitas
y metiéndolas luego en su agujero
para sacarlas otra vez. No temen
el poder de las águilas,
que no hacen de él alarde
en unos pajarillos infelices,
sino contra el cobarde
milano vil, que en la feraz campiña,
si devoramos una presa, a veces
quiere igualarse con nosotros, cuando,
dignas de su bajeza y su rapiña,
le tocan a ellas despreciables heces.

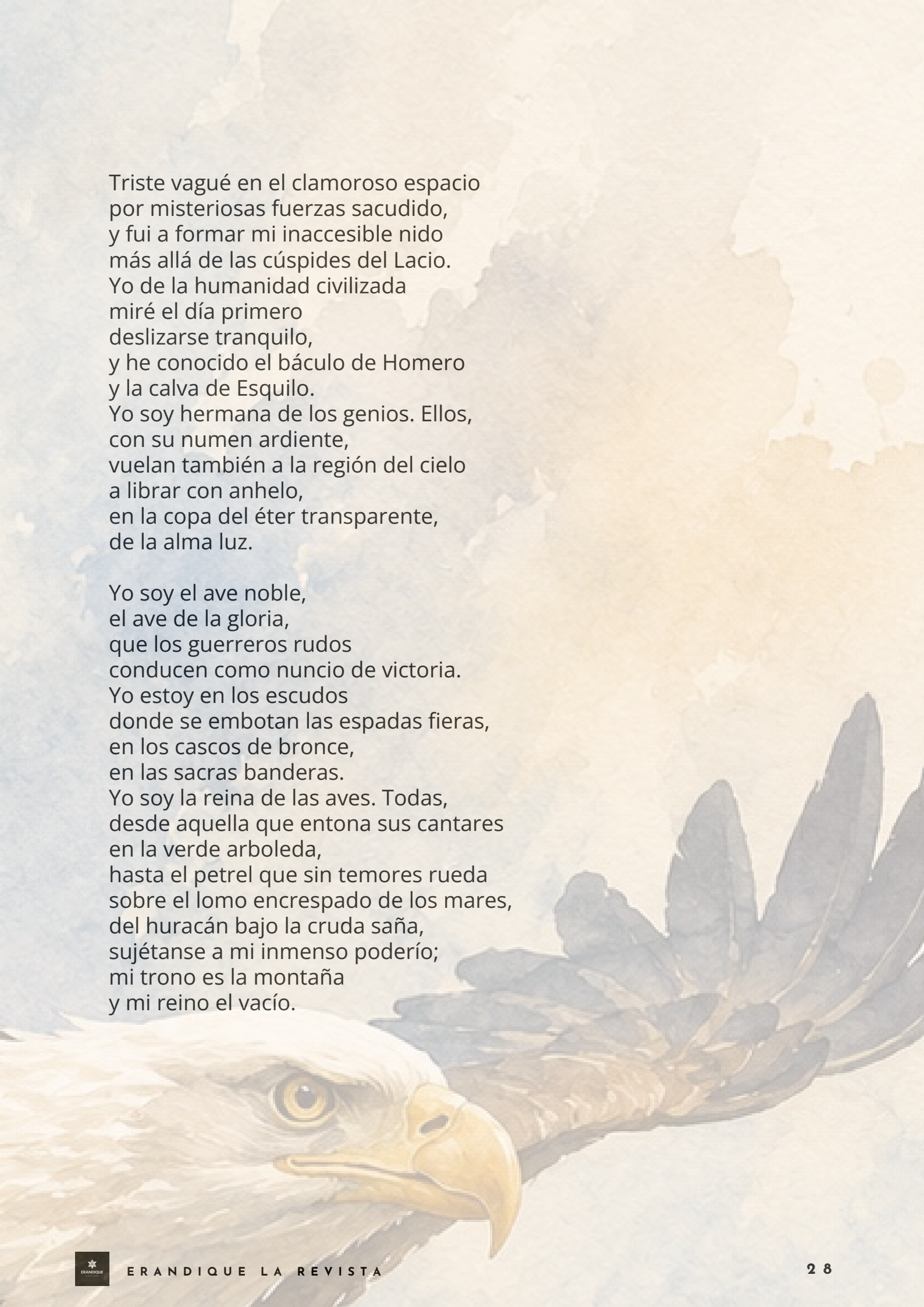
Yo soy la imagen de la fuerza. Nadie
a mis dominios sube
sin que pague muy cara su osadía.
De un rápido aletazo
divido en dos la nube
cuando se atreve a importunarme. Un día
un cazador, oculto entre las breñas,
me disparó sus balas,
y con un solo golpe de mis alas
rodó aturdido por las duras peñas.
Si mi vuelo lo oprime,
el aire de la agreste cordillera
a mis costados gime
cediéndome lugar. Sin sacudidas
me elevo a los espacios audazmente,
con las alas tendidas
y con el cuello rígido. Las ráfagas,
vagabundas e inquietas,
siguen mi huella en turbas ladradoras,
como queriendo conocer conmigo
la cuna en que nacieron los planetas
en cendales magníficos de auroras.
El viejo invierno es el mejor amigo
que tengo por el cielo;
el viejo invierno, que una vez al año
de su alcázar de hielo
sale crudo y huraño,
y rompiendo los odres de los vientos,
y soltando los líquidos raudales,
cruza por los abismos siderales
ceñido de relámpagos sangrientos.
Yo conozco las fraguas donde viven
los terribles Vulcanos del vacío
haciendo sus ensayos,
y envueltos en sus mantos —nubarrones
oscuros y andrajosos—
templan los haces de encendidos rayos
al compás de los truenos pavorosos.

Al ruido, los lejanos aquilones,
como un tropel de fieras,
rugen desde el confín; los huracanes
despliegan sus fantásticas banderas,
óyense ayes profundos,
derrotados se escapan los vestigios,
y parece otra vez que se repite
la gestación de los actuales mundos
en el oscuro seno de los siglos.
Al ígneo sol, a él mismo,
lo miré arrebuajarse entre su manto,
pálido ya de espanto.
Huí entonces del abismo,
ensordecido por aquella guerra,
como por el rumor estrepitoso
de una inmensa catástrofe... La tierra
tiritaba de pánico y de frío.
Y envuelta en la vorágine
de un gran viento bravío
que a su paso tronchaba
de las selvas los árboles gigantes,
llegué a amparar mi tímido polluelo,
en tanto que la sierra vacilaba
sobre su eterna base de diamantes
bajo la inmensa cólera del cielo.
Pero si la borrasca me echa al nido
y ante su empuje cedo,
¿quién otro me ha infundido
el vergonzoso miedo?
El mar, que a la ribera
sujetan con amarras
ocultas, ciegas e inmutables leyes,
no ha intimidado mi arrogancia fiera
al azotarme con furor las garras
clavadas al peñón. La cruel pantera,
desde su bosque de bambúes frágil,
en vano ruge para mí. Y el tigre
manchado, aleve y ágil,
nunca hundirá sus aceradas uñas
en mis carnes. El rudo
rinoceronte de pesados miembros,
de groseras pezuñas
y cuerno poderoso,
no puede echarse sobre mí.

Ni el oso,
ni el león melenudo,
el rey de los mamíferos feroces,
que asorda con el trueno de sus roncas
y prolongadas voces
el bosque virgen y las cuevas broncas.

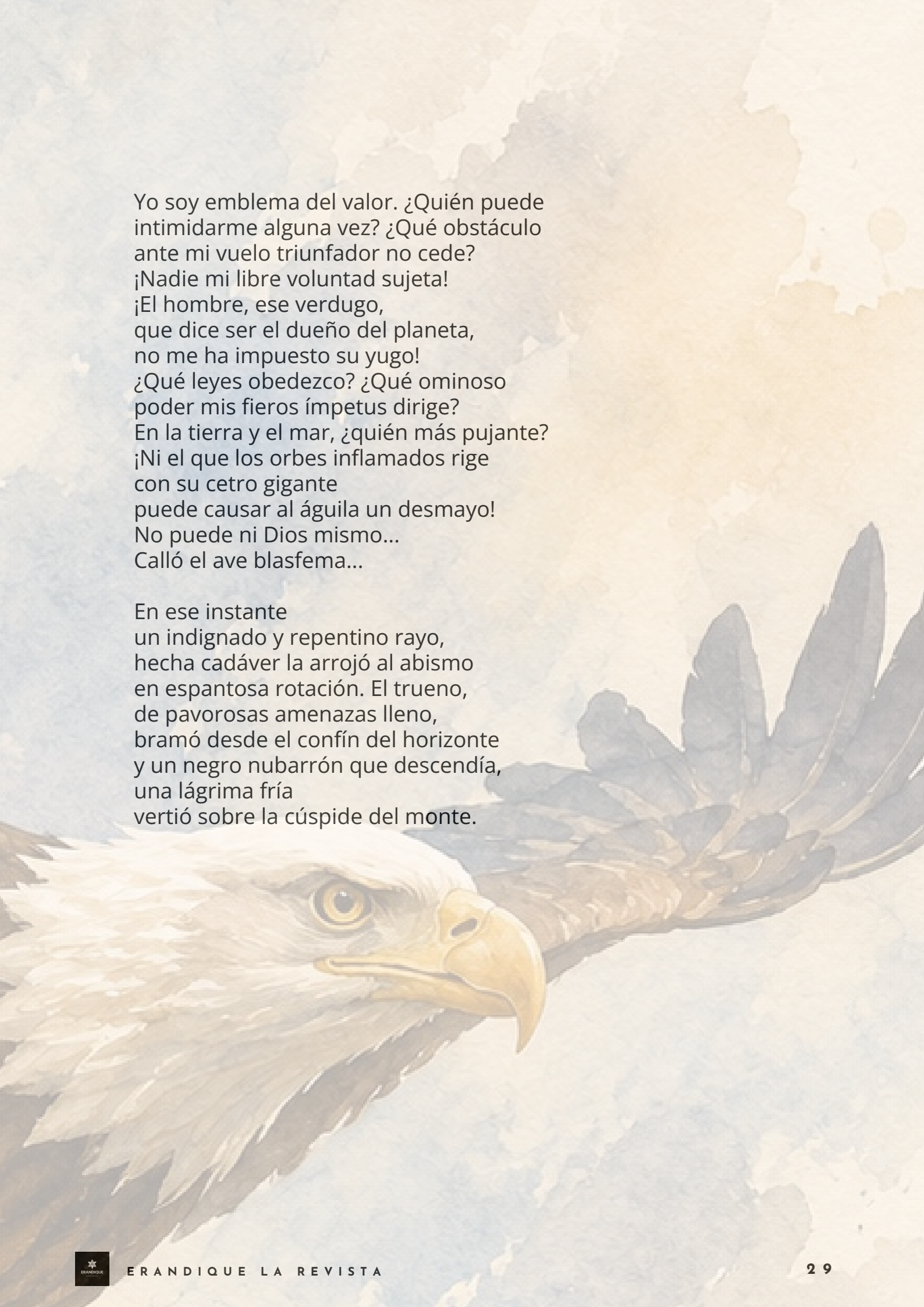
Si ellos rugen, yo grito;
si ellos guardan la selva, yo los montes
de entrañas de granito,
los vastos horizontes,
el grandioso infinito.
Si un áspero pelaje
les envuelve la piel, y con furioso
ademán mueven la melena hirsuta,
yo tengo mi plumaje
y mi penacho airoso.
No les envidio la apartada gruta
que tienen en los bosques seculares,
ni sus garras retráctiles,
ni sus robustos flancos,
ni sus recios y elásticos ijares,
ni los sutiles trancos,
ni los hijuelos, ni su joven hembra
que al vagar por cañadas y por cauces,
ebria de amor, las fauces
abre gimiendo y el espanto siembra.
Porque en las altas rocas escabrosas
un nido tengo. Porque son mis garras
como las de ellos; y al costado mío
jamás hundirse pudo
la envenenada punta de los dardos,
como si fuera un resistente escudo.
Porque si tienen círculos de dientes,
yo tengo un pico curvo y acerado
en que han agonizado,
retorciéndose en vano, mil serpientes.

Y en cambio, ¿quién ostenta
esta movable cauda,
este firme timón en que confío
para lanzarme al piélago bravío
de la oscura tormenta?
¿Quién tiene el ala más potente y rauda
que el ala que yo pongo en movimiento
para cruzar el viento,
para azotar la gigantesca tromba
que como cono hacia los cielos sube
del irritado abismo de los mares,
como si Dios, oculto en una nube,
tirara de la red de grandes olas
donde se agitan monstruos a millares?
¿Quién tiene esta pupila irresistible
que al espacio sin límites se tiende
fulgurante y terrible,
que es igual a una llama,
si la salvaje cólera la enciende
o si el amor la inflama;
que percibe —al cernerse al mediodía
bajo los cielos altos—
el vaivén de una rama,
el corderillo en la florida loma,
de la liebre los saltos
y el volar de una cándida paloma;
que en la serena noche despejada,
de estrellas rutilantes coronada,
mira brillar a Marte
en el fondo del claro firmamento
como si fuera un ojo
fijo, enorme y sangriento?
Jove, que fue el señor de la ancha esfera,
me destinó, en decretos inmortales,
a ser su mensajera,
a conducir los rayos celestiales.
Y al quedar para siempre desolado
su hermoso cielo, de esplendores lleno,
al extinguirse en el azul sagrado
la alegre carcajada de los dioses
y el olímpico trueno,



Triste vagué en el clamoroso espacio
por misteriosas fuerzas sacudido,
y fui a formar mi inaccesible nido
más allá de las cúspides del Lacio.
Yo de la humanidad civilizada
miré el día primero
deslizarse tranquilo,
y he conocido el báculo de Homero
y la calva de Esquilo.
Yo soy hermana de los genios. Ellos,
con su numen ardiente,
vuelan también a la región del cielo
a librar con anhelo,
en la copa del éter transparente,
de la alma luz.

Yo soy el ave noble,
el ave de la gloria,
que los guerreros rudos
conducen como nuncio de victoria.
Yo estoy en los escudos
donde se embotan las espadas fieras,
en los cascos de bronce,
en las sacras banderas.
Yo soy la reina de las aves. Todas,
desde aquella que entona sus cantares
en la verde arboleda,
hasta el petrel que sin temores rueda
sobre el lomo encrespado de los mares,
del huracán bajo la cruda saña,
sujétanse a mi inmenso poderío;
mi trono es la montaña
y mi reino el vacío.



Yo soy emblema del valor. ¿Quién puede intimidarme alguna vez? ¿Qué obstáculo ante mi vuelo triunfador no cede?
¡Nadie mi libre voluntad sujeta!
¡El hombre, ese verdugo,
que dice ser el dueño del planeta,
no me ha impuesto su yugo!
¿Qué leyes obedezco? ¿Qué ominoso poder mis fieros ímpetus dirige?
En la tierra y el mar, ¿quién más pujante?
¡Ni el que los orbes inflamados rige con su cetro gigante
puede causar al águila un desmayo!
No puede ni Dios mismo...
Calló el ave blasfema...

En ese instante
un indignado y repentino rayo,
hecha cadáver la arrojó al abismo
en espantosa rotación. El trueno,
de pavorosas amenazas lleno,
bramó desde el confín del horizonte
y un negro nubarrón que descendía,
una lágrima fría
vertió sobre la cúspide del monte.



Para un Apóstol

Tú, de la prensa paladín gallardo,
lanzándote a luchar contra ti mismo,
clavaste —arquero vigoroso— un dardo
en la frente del rudo fanatismo.

En pos de otros anhelos superiores
suben tus pensamientos atrevidos,
como a la cima llegan los cóndores
para esconder sus solitarios nidos.

Creyente no eres de un humano rito,
pero no eres ateo. Tu cabeza
bajo el tranquilo azul del infinito
se inclina ante la gran Naturaleza.

Dios, lanzando al abismo su mirada,
ceñidos entre mares de arboles,
hizo surgir del éter, de la nada,
regueros de planetas y de soles.

¿Y quién es Dios? La voluntad que encuentro
girar haciendo con divina calma:
el astro siempre alrededor de un centro
y el alma siempre alrededor de otra alma.

Dios es poder oculto que subyuga
a transformarse, por ignota clave,
en mariposa espléndida, la oruga,
el tallo en árbol, como el huevo en ave.

Dios es el Todo, la atracción suprema,
del Cosmos vida, universal murmullo,
océano de luz, hondo problema,
incendio y chispa, tempestad y arrullo.

Tiene su iglesia: es el espacio inmenso;
un órgano, ese mar que le salmodia,
en la neblina matinal su incienso
y en el sol su magnífica custodia.





La calavera del loco

Le cortaron la cabeza a un desventurado loco
que de un mal desconocido
se murió en el manicomio,
y arrojáronla al jardín
donde, a la hora del bochorno,
él hablaba con las rosas
y con los claveles rojos,
o con aire de sonámbulo
recitaba sus monólogos.

Cayéronse los cabellos
con los músculos del rostro,
y se comieron las aves
a picotazos los ojos;
coció el sol dentro del cráneo
como si fuera en un horno
el cerebro, y en gusanos
fatídicos y horrorosos
transformóse aquella masa
de células y de fósforo.

Después, cuando el jardinero
del jardín del manicomio
sacudió la calavera
entre sus dedos callosos,
surgieron alborotadas
mil mariposas de oro.
Brillaron chispas extrañas
en las cuencas de los ojos
y chocaron, como riéndose,
las mandíbulas del loco.

Sonetos



*Tumba de Molina
Cementerio General*

Leonel Estrada®



Nada es todo

Hermano mío en el Arte y en la lira sagrada
que, de la negra Estigia sentado en un recodo,
nos dices que las cosas de este mundo son nada,
mientras que las del otro, las del celeste, todo.

No siembres esa lívida seta emponzoñada
en tu jardín de sueños, con tan amable modo,
sino una vid de vida, de racimos cargada,
que de alegría deje el corazón beodo.

A ese ilusorio cielo una implacable guerra
conmigo mueve, hermano. Conmigo ama la Tierra,
la carne, el vino, el oro, que abominaron los

anacoretas locos. Ama la vida fuerte,
pon en fuga conmigo a la amarilla Muerte,
y dos hombres de veras hemos de ser los dos.



Pesca de Sirenas

Péscame una sirena, pescador sin fortuna,
que yaces pensativo del mar junto a la orilla.
Propicio es el momento, porque la vieja luna,
como un mágico espejo, entre las olas brilla.

Han de venir hasta esta ribera, una tras una,
mostrando a flor de agua el seno sin mancilla,
y cantarán en coro, no lejos de la duna,
su canto, que a los pobres marinos maravilla.

Penetra al mar entonces y coge la más bella,
con tu red envolviéndola. No escuches su querella,
que es como el llanto aleve de la mujer. El sol

la mirará mañana —entre mis brazos loca—
morir bajo el divino martirio de mi boca,
moviendo entre mis piernas su cola tornasol.



Al Sol

¿Quién alimenta tu hervorosa hoguera,
que así, siempre fecundo y encendido,
has alumbrado el tiempo que ha vivido
como un minuto la terrestre esfera?

¿Qué fuerza rige la inmortal carrera
con que vas a un poder desconocido,
—a la atracción universal ceñido—
como si centro de tu centro fuera?

Dios, que los astros vívidos derrama,
cuando se acerque tu postrero día,
apagará esa luz que nos inflama;

y una pavesa, vagabunda y fría,
serás —extinta tu soberbia llama—
en la callada inmensidad sombría.



Madre Melancolía

A tus exangües pechos, Madre Melancolía,
he de vivir pegado, con secreta amargura,
porque absorbí los éteres de la filosofía
y todos los venenos de la literatura.

En vano —fatigada de sed el alma mía—
sueña con una Arcadia de sombra y de verdura,
y con el don sencillo de un odre de agua fría
y un racimo de dátiles y un pan sin levadura.

Todo el dolor antiguo y todo el dolor nuevo
mezclado sutilmente en mi espíritu llevo
como el extracto de una fatal sabiduría.

Conozco ya las almas, las cosas y los seres,
he recorrido mucho las playas de Citeres...
¡Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!



El Gladiador

(Idea de Byron)

Cuando sintió clavarse en su desnudo pecho
la corta espada de su hermano de esclavitud,
el gladiador germano
la fiera lidia continuar no pudo.

Cayó —embrazado el refulgente escudo—
con un grave rumor. Alzarse en vano
aún quiso, con esfuerzo soberano,
tal era de impetuoso y de membrudo.

Se desangraba en la feroz palestra
pensando en su cabaña y su consorte...
Iba a morir. De pronto, una siniestra

visión tuvo en confusa lontananza;
las hordas de los bárbaros del Norte
ululando clamores de venganza.



En los esteros

El agua es verde. Verde la próxima espesura
de los manglares, donde se oculta la ictericia,
y un aire —todo ungido de luz y de frescura—
como una mujer tierna el rostro me acaricia.

Algo como una suave y acuática dulzura
llena el tedioso espíritu de una rara delicia,
y la gentil mañana, en la celeste altura,
con su pincel de oro una acuarela inicia.

Un pájaro marino, de oscuro y gris plumaje,
pausadamente cruza el húmedo paisaje,
y —dando un ronco grito— en el manglar se pierde.

El bote se desliza lentamente; y sospecha
el ojo —que las aguas pacíficas acecha—
que hay fauces peligrosas en el estero verde.

JUAN RAMÓN MOLINA

*El Príncipe
de la Poesía*





El rey Lehar

Bajo la fiera tempestad que brama
camina el viejo rey como un demente;
el irritado cielo de repente
de lívidos relámpagos se inflama.

Con voz de angustia el infeliz exclama,
retando a la Natura indiferente:
—¡Hundid el mundo y abrasad mi frente,
terrible trueno y calcinante llama!

Mientras los elementos apostrofa,
el fiel bufón —que su pesar desdeña—
de sus desgracias íntimas se mofa.

Y, como insulto a su vejez adusta,
con mano osada el huracán desgrena
el viejo bosque de su barba augusta.



Vino tinto

No penséis que las uvas generosas
dan este vino, cuyas rojas huellas
tiñen los frescos labios de las bellas
con el múrice ardiente de las rosas.

El licor que estas copas luminosas
contienen irradiando como estrellas,
y que vaciado habéis de las botellas,
lo guardaron las hadas misteriosas.

Es la sangre de todas las beldades,
víctimas del acero y su destino
en la guerra sin fin de otras edades.

No extrañéis que, al pensar en sus despojos,
cuando se suba a mi cabeza el vino,
viertan alguna lágrima mis ojos.



Nerón

Arden en los jardines opulentos
como antorchas los mártires cristianos;
aplauden los serviles cortesanos,
locos de sangre y de gozar sedientos.

Hinchan las flautas los nocturnos vientos,
alzan las copas de marfil las manos,
baña la luz los pórticos cercanos,
óyense carcajadas y lamentos.

Bajo un dosel asiático, tendido,
mira Nerón, de púrpura vestido,
la fiesta esplendorosa y fiera;

y, arrojando bostezos desdeñosos,
pasa los dedos, finos y nerviosos,
sobre la rubia piel de su pantera.



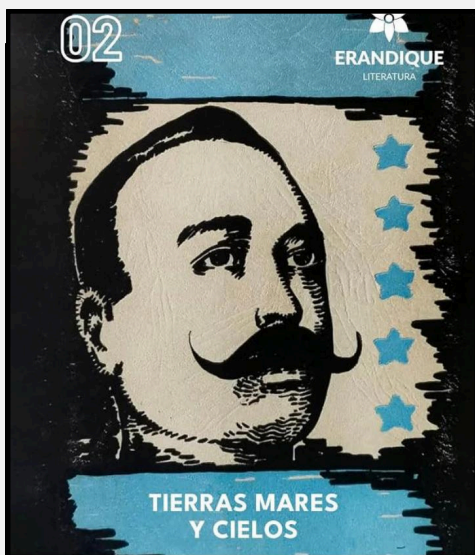
Ante el espejo

Te acercas al espejo fulgurante
y miras, con orgullo femenino,
tu helénico perfil, de corte fino,
temblar sobre la luna deslumbrante.

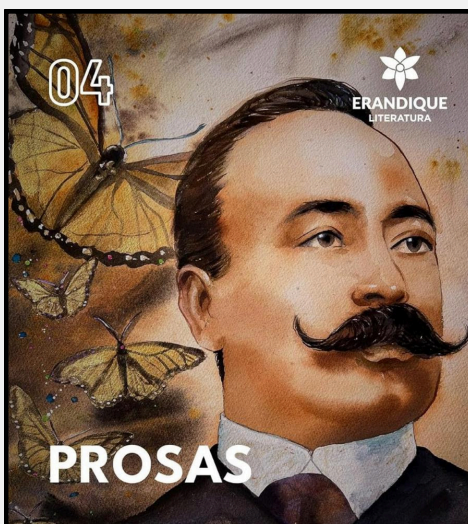
Tornas de frente el mágico semblante,
contemplando tu cuello alabastrino,
tus grandes ojos, de un azul marino,
y tu boca, encendida y palpitante.

Después, al ver el licencioso escote
que mal contiene el opulento brote
de tu albo seno entre el carpiño preso,

te abandonas a extraña somnolencia,
y estampas en tu lúbrica demencia,
sobre tu boca reflejada un beso.



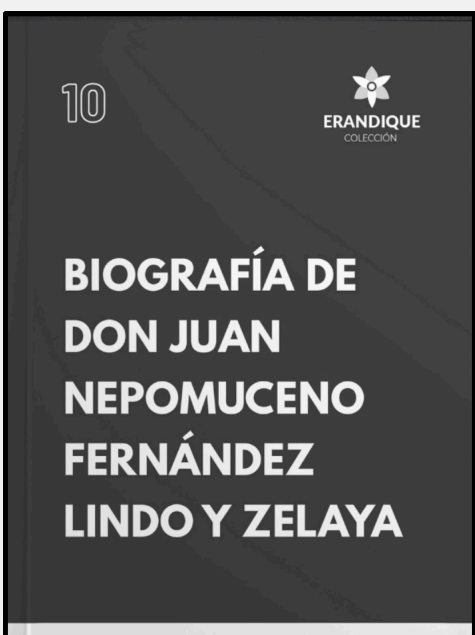
JUAN RAMÓN MOLINA



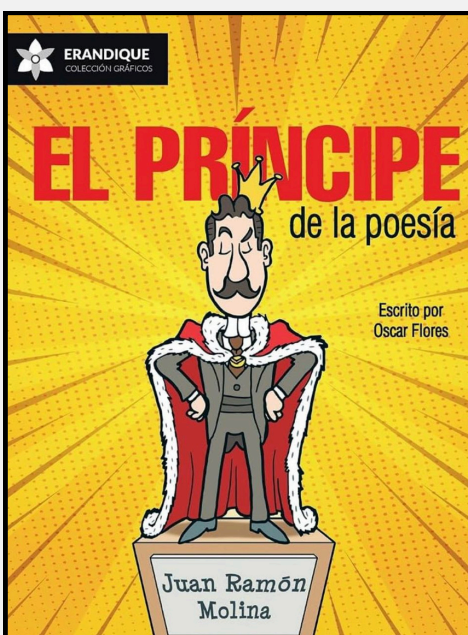
JUAN RAMÓN MOLINA



R.H. VALLE, FROYLÁN TURCIOS,
E. PÉREZ CADALSO Y OTROS



BIOGRAFÍA DE
DON JUAN
NEPOMUCENO
FERNÁNDEZ
LINDO Y ZELAYA



ERANDIQUE
COLECCIÓN GRÁFICOS

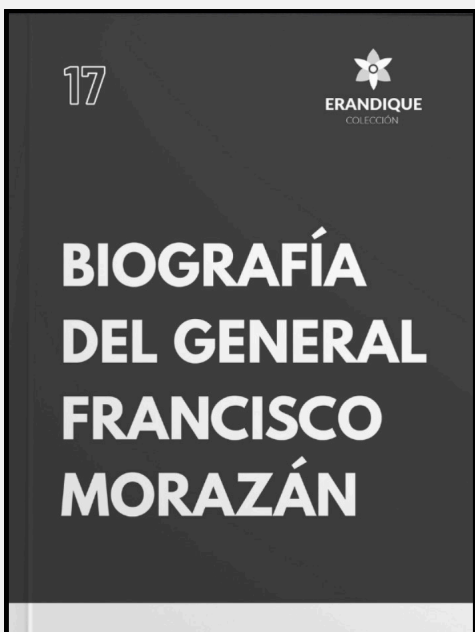
EL PRÍNCIPE
de la poesía

Escrito por
Oscar Flores

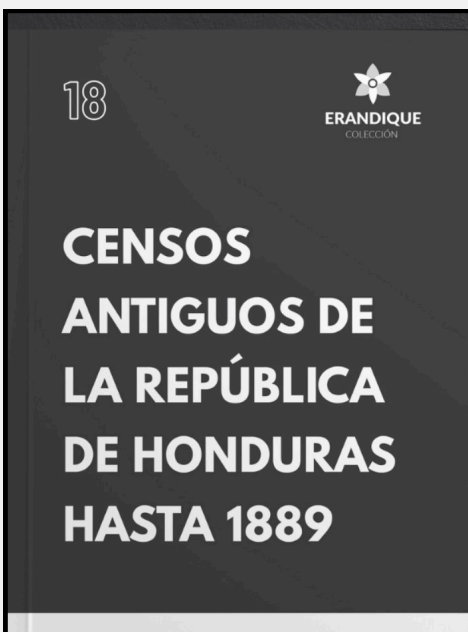
Juan Ramón
Molina



EL
CONGRESO
DE 1924



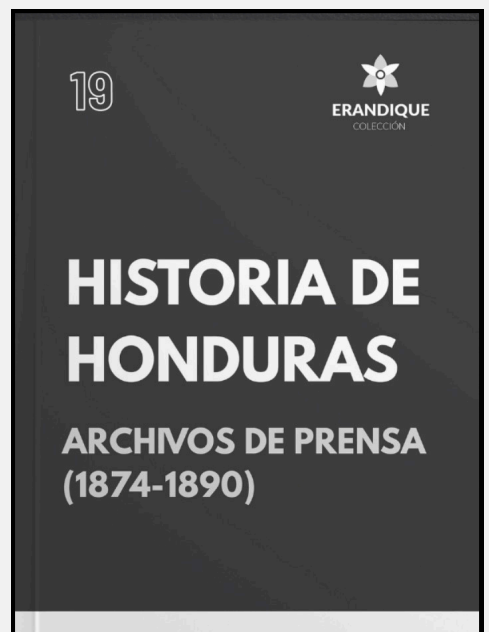
BIOGRAFÍA
DEL GENERAL
FRANCISCO
MORAZÁN



18

ERANDIQUE
COLECCIÓN

CENSOS
ANTIGUOS DE
LA REPÚBLICA
DE HONDURAS
HASTA 1889



19

ERANDIQUE
COLECCIÓN

HISTORIA DE
HONDURAS

ARCHIVOS DE PRENSA
(1874-1890)

¡SEGUIMOS CRECIENDO! REVISE NUESTRO CATÁLOGO EN
WWW.ERANDIQUE.COM

COLECCIÓN
ERANDIQUE